

el sabio crítico Autor de la falsa Filosofía (1); porque en ellos se fixa la diferencia adecuada que distingue los milagros divinos de los efectos naturales, humanos ó diabólicos. Estos son 1. la causa: 2. la utilidad ó necesidad: 3. la permanencia y perfeccion: 4. el modo: 5. los medios: 6. el fin. Veamos si todas estas señales se hallan en la Imágen de Maria Santísima de los Angeles. Supongo que en lo histórico sigo lo que escribió el Br. Peñuelas, donde se describe la Imágen, su origen y la informacion jurídica que se hizo de catorce testigos. No hay fundamento para dudar de lo que allí se escribe.

*Aplicacion de los dichos caractéres á la  
Imágen. Causa.*

**L**A causa ha de ser sobrenatural y divina para que haya milagro. Aunque el caso no sea maravilloso, dice Jamin en el lugar citado, sino por el tiempo en que sucede, ó por la presteza ó instantaneidad con que acaece; como si un árbol se cubriera repentinamente de hojas, de flores y de frutos en el rigor del Invierno, esta presteza extemporanea no podia suceder, siendo verdadera, sino por la virtud divina. De aquí es que la causa de los milagros no puede ser sino el mismo Dios, y para que un hecho se llame milagroso, es necesario que se haya obrado sobre el orden y leyes de la naturaleza.

El problema presente es, si la bella Imágen de Santa Maria de los Angeles será milagrosa, no en su origen, sino en su conservacion. Probado en lo físico, en lo histórico y en lo moral, que no hay causa natu-

(1) Tom. 2. Disert. 4. art. 4.

ral para su conservacion, despues de docientos y mas años, se podrá desde luego tener la parte afirmativa. Voy por el orden ya insinuado á proponer las razones que mi pobre ingenio me dicta, ayudado de las luces que confio, me dará la misma Santísima Reyna.

Ante todas cosas, poniéndonos en una total indiferencia sobre este asunto, quiero, digámoslo así, ir delineando mis racionios, y comenzar haciendo esta pregunta. ¿Puede Dios hacer que una Imágen como ésta, pintada en adove, se conserve por mas de docientos años, manteniendo intacta su primitiva belleza, conservando vivos y frescos sus colores, y sin que la gracia de su rostro pierda cosa alguna para arrebatar con una dulce violencia los corazones? ¿Es por ventura imposible á Dios hacer esta maravilla? Gracias á su Magestad, que no hablo con algun impío Espinosista, ú otras de estas aves nocturnas que salen en la mitad de las espesas tinieblas de sus errores á querer turbar el reposo de las aveillas que aguardan con sencillez las hermosas luces del dia. Ann un Juan Jacobo Rousseau, Filósofo de los mas peligrosos enemigos de la Religion christiana, se burla de los que niegan la posibilidad de los milagros. Este impío pregunta: (1) "¿Puede Dios hacer milagros? ¿ó puede derogar algo de las leyes que ha establecido? Esta question, concluye, tratada seriamente, sería impía si no fuera absurda: castigar al que la resolviese negativamente, sería hacerle honor demasiado: bastante sería el encerrarle. ¿Pero que hombre negó jamas que Dios puede hacer milagros? Era menester ser Hebreo para preguntar ¿si es que puede Dios preparar la mesa

(1) Falsa Filos tom. 1. fol. 181.

en el Desierto?" Así se explica un Deísta. Pero un Católico, sin detenerse á pensarlo mucho, dirá á la proposicion antecedente sin la menor duda, que puede Dios conservar milagrosamente la Imágen de los Angeles docientos y mil, y un millon de años, y hasta el fin del mundo.

No hago esta pregunta para arguir neciamente de la potencia al acto, ó inferir mal que es milagrosa la conservacion, supuesto que Dios puede hacer este milagro. Este es un derecho inseparable del Ser Supremo, cuya existencia es necesaria, y así sin ella nunca puede concebirse adequadamente su esencia. Porque si por esta palabra Dios, se debe entender un Ente perfectísimo de infinitas perfecciones infinitamente perfectas, ¿como lo he de concebir sin existencia, que es como la fuente eterna é inmutable de sus eternas é inmutables perfecciones? Esto sería no dar á esta palabra Dios aquella nocion que le corresponde, y por consiguiente hablar de Dios como de un ente criado. Porque si queremos disminuir de lo que significa esta palabra Dios, el atributo que esencial y necesariamente le conviene, qual es decir, que Dios existe, ó es necesariamente existente, ya no habláramos de un Dios sino de una criatura. Yo soy el que soy, dixo á Moysés, y yo digo: no es posible, Señor, formar idea de tu divinidad y grandeza, sin que la constituya tu soberana y eterna existencia.

Pero aunque de la posibilidad de un milagro no se infera su existencia, por ser absolutamente contingente; no obstante esta posibilidad, va abriendo paso al discurso para ir dirigiendo con mas claridad y acierto las razones. Porque si, como dixé al principio, se debe usar en este caso de una crítica juiciosa que evite

los dos extremos de nímia credulidad ó incredulidad; claro es que dando el caso por posible, ya no caerémos en la incredulidad; y si con este cuidado establecemos por otra parte los fundamentos para formar un recto dictámen con la mayor solidez, huirémos sin duda del otro vicio de una credulidad demasiada, y aun supersticiosa.

Pero quiero dar otro paso mas para proceder con ménos riesgo, y es el suponer que el objeto á quien dirigimos nuestra atencion es en todas sus circunstancias capaz de hacernos tomar con decoro, con nobleza y con piedad esta empresa, por otra parte difícil y delicada. Quiero decir: si suponiendo que una qualquier figura de hombre, de casa, de árbol, ó de bruto se habia conservado pintada en una pared de adove por docientos años con viveza y hermosura &c. ¿quien no diría que fuera una ocupacion indigna de un hombre de bien el averiguar si podia ser milagrosa su conservacion? Esto era lo mismo que perder el tiempo en cazar moscas, y hacerse indigno del nombre de Filósofo ó de Crítico. Pero supuesta la larga permanencia del simulacro de esta Imágen, su belleza, sus atractivos, sus beneficios, y la universal mocion de los Pueblos en venerarla con muy especiales demostraciones de piedad, aquí es donde el objeto llama ya nuestra atencion, y nos hace decir: ¿si acaso ha llegado un tiempo en que la divina Providencia quiere hacer ostension particular de su poder en esta Imágen? ¿Si Dios por un efecto de su bondad quiere que reconocidos á su amable beneficencia nos valgamos de este medio para hacernos acreedores á disfrutar sus piedades? ¿Si la misma Señora con sus ruegos habrá conseguido de Dios el conservarse por un modo milagroso en esta

pared para derramar sobre nosotros mas abundantemente sus bendiciones de dulzura? ¿ Si este será el motivo de haber influido á que se le fabrique un magnifico Templo? Ciertamente que aquí parece anda la virtud divina, aquí puede haber algun milagro, aquí se derramó en otro tiempo la sangre de innumerables víctimas sacrificadas al Demonio, y acaso ha querido Dios, que conservándose prodigiosamente la Imágen, sea en adelante el trono de sus gracias, el lugar de la santidad, y el Santuario donde la Religion Católica siempre esté floreciente. Asi discuro, y creo que del mismo modo pensarán los demas en vista de aquel cúmulo de circunstancias, que atraen á sí con poderosa virtud nuestro cuidado. Conque dándonos por entendidos, nada hay indigno, nada que no merezca nuestra atencion.

Para entrar á las pruebas de que la conservacion de esta Imágen, segun parece, no tiene causa natural, aunque vamos á usar con todo el rigor posible de una crítica filosófica; pero ha de ser dentro de los límites á que puede extenderse en estas investigaciones el discurso humano y nada mas. Muchas veces se engañan nuestros sentidos, y es necesario que el raciocinio filosófico exámine con profixidad nuestras sensaciones y las corrija, pues como dice San Agustin, no pertenece á los sentidos hacer juicio de la verdad: *Non est iudicium veritatis in sensibus*. No obstante, se deben tener por los mas soberbios, dice Jacquier, (r) aquellos Filósofos que pretenden extender sus conocimientos humanos mas allá de lo que es permitido; porque á la verdad, son pocas las cosas de que se ha teni-

do un conocimiento profundo en la Filosofia. Ni por esta flaqueza de nuestros conocimientos se viola en algun modo la divina veracidad: es decir, no porque seamos limitados y nos engañemos muchas veces, nos engaña Dios; ántes bien se acredita de este modo la infinita bondad del Supremo Númen, que se agradó concedernos aquellos conocimientos solamente que nos pueden guiar á obtener una arreglada utilidad en la vida presente, y llevarnos á nuestro último fin, que es la felicidad eterna.

Ya diximos que no podemos penetrar en este estado de viadores hasta qué términos puedan llegar las virtudes y propiedades de la naturaleza; pero por la analogía, que es una de las reglas de filosofar con ménos peligro, podemos bien entender hasta qué términos no llega, comparando unos efectos semejantes con otros, dentro de un mismo género y órden de causas, y de aquí deducir rectamente lo que puede ser efecto natural ó sobrenatural. Hay muchos efectos claros y patentes, cuyas causas no conocemos con certidumbre, pero por la observacion que se ha hecho de que en aquellos cuerpos suceden siempre de un mismo modo, sin variacion sensible, y con movimiento constante, inferimos que aquel es efecto de la naturaleza, aunque su causa se nos oculte. Sea exemplo el fluxu y refluxo del oceano, la atraccion del imán, y su direccion al polo boreal, y cosas semejantes. Vemos el efecto, ignoramos la causa; pero nunca dirémos que es sobrenatural su causa, por el motivo ya expresado. No podemos conocer la causa de otros efectos justos, si será ó no natural, como en la conservacion de la santa Imágen de los Angeles; pero por una regla de analogía decimos: no es regular, no es efecto constante el que una pintura se

(1) Tom. 3. Instit. Philos. P. 1. Sec. 2. c. 2. fol. 293.

consERVE en pared de adove dcientos años; ántes bien estas paredes, como dicen los peritos en arquitectura, y la experiencia lo demuestra, en llegando á un siglo perecen: luego podemos inferir bien, que no hay causa natural que la conserve mas de dos siglos.

Aunque supongo á los doctos que esto leyeren, instruidos en la buena Filosofía, que podia excusarme de referir varios principios y reglas de esta facultad; pero como se escribe para todos, es necesario establecerlas para evitar la obscuridad y confusion: debo pues suponer, que la verdad que aquí buscamos, no es absolutamente la metafísica, que consiste en la conveniencia de las cosas con las ideas eternas é inmutables del Criador, hablamos sí, ó de la verdad moral tomada de los testimonios, que son el apoyo de una fe humana; ó de la natural, que es la que tiene en sí la cosa por su naturaleza; ó de la verdad lógica, que es la conveniencia de nuestros juicios con sus objetos. Para llegar, ó mejor diré, para buscar la verdad segun las nociones dichas, puede el entendimiento considerarse en quatro estados. Quiero decir, ó ignorante, ó dudoso, ó inclinado á una parte, bien que con alguna perplexidad, ó con certidumbre. Entónces este ignorante, quando ó carece de todo conocimiento, como sucede á los infantes, ó aunque tenga algunas ideas, pero no es capaz de discernir acerca de su conveniencia ó discrepancia, como sucede á los idiotas y rudos, ó aunque tenga muchas, pero van mezcladas de ciencia, fe, opinion, duda, é ignorancia, como sucede á todos los hombres aunque sean doctísimos: ¿quien no ve que los sábios tienen poco, digámoslo así, de su propio talento; saben muchas cosas por la autoridad de otros, están llenos de opiniones, dudan mucho, y son infinitas las cosas de

que están ignorantes, como dixe en el Prólogo. Entónces se duda, quando ó por ninguna parte hay razon de afirmar ó negar, y es duda negativa, ó quando las razones de una y otra parte son de igual peso, y es duda positiva. La probabilidad resulta, ó quando por sola una parte se hallan razones, pero que ni son ciertas ni evidentes; ó quando por una y otra parte hay razones probables, pero por la una son mas graves: finalmente, entónces hay certidumbre, quando la alma, aunque quiera, no puede dudar de su juicio; ó ya sea su certidumbre aparente, ó ya sea real. Las causas de las certidumbres aparentes son, ó la cortedad del talento, que fácilmente se engaña con la apariencia de la verdad, ó las preocupaciones que han prevalecido por largo tiempo, ó la pereza en investigar lo cierto, exáminando nuestros juicios, ó las pasiones que suelen ser tan robustas en esta materia que turban la razon, y no dan lugar á recibir la doctrina de otros mas instruidos y mas hábiles.

Omitiendo por ahora la explicacion de los medios que señalan los Filósofos para adquirir las ciencias, basta para nuestro intento suponer una regla general, y es, que las cosas que se perciben por los sentidos, se reducen á dos géneros, que son, las observaciones y los experimentos, de los cuales es necesario usar para la crítica que vamos á hacer. Aquello se dice que observamos, que por su naturaleza, sin alguna diligencia nuestra, se nos presenta, como el nacimiento y aumento de las plantas, el movimiento de los astros, la formacion de las nubes &c. Pero en los experimentos se ocupa la industria y el trabajo propio, como quando se prueba la virtud de un medicamento, el peso del ayre en el barómetro, el vacío en la máquina

pneumática &c. No obstante, nunca las observaciones y experimentos deben separarse del exámen de la razon. Este ha sido un preámbulo para nuestra empresa, que aviva la imaginacion del que lee, y le dispone á que haga un juicio recto de lo que ya voy á asentir. La primera regla de filosofar es esta: no se han de admitir, (1) mas causas de los efectos naturales, que aquellas que son verdaderas y que son suficientes para explicar los efectos. Aplicando esta regla á la santa Imágen de nuestra inspeccion, digo lo primero: que no hay causa verdadera en lo natural para que se conserve en una pared de adove por mas de docientos años; ántes bien se han conglomerado las causas naturales para su total destruccion. Lo pruebo así: esta pared es de la misma materia que las otras laterales de la Capilla: es así que con el transcurso de los años, humedades y demas inclemencias de los elementos, faltando muchas veces el techo, y quedando al ayre la Capilla, las dichas paredes se han arruinado, pero no la que sostiene á la Virgen, conservándose ésta hermosa, entero el rostro y las manos, vivos y frescos los colores, que nunca se han retocado, como lo testificaron jurídicamente catorce ancianos: luego léjos de haber alguna causa natural para su conservacion, ántes ha habido muchas para su total desolacion.

Se confirma esto mismo con el siguiente documento. Consta de la informacion que se hizo en forma jurídica, como puede verse en Peñuelas, que este sanctoale antiguo se erigió en Capilla el año de mil quinientos noventa y cinco, cuyo número está grabado en una piedra durísima, qual es la llamada chilul-

(1) Jacq. tom 3. p. 1. fol. 8.

ca: es así que esta se ve carcomida y ménoscabada por la humedad y larga duracion, y la pared dicha sin detrimento sensible: luego por ser el adove tan débil, hay mayores causas para su ruina que para su conservacion natural.

Digo lo segundo: que bastan las causas dichas para la destruccion, y así la conservacion se puede prudentemente juzgar maravillosa. Ademas, que la dicha pared no tiene mas de una quarta de cimiento, y aunque el año de 1766 ó 767 se le puso á la espalda otra pared de mampostería, estuvo siempre sin arribo, y esta segunda ántes podia dañarla quebrantando su estructura por el peso, como sucede proporcionalmente en otras obras. Sin embargo, ni la pared se ha rajado, ni el rostro y manos se han despostillado por sí mismas en la mas pequeña partícula, siendo así que la humedad hace saltar los colores de la pared, como lo acredita la experiencia y lo atestiguan los Pintores. Dixe que la dicha pared de piedra que se le arrimó podia haberle hecho daño á la otra, porque quando una fábrica amenaza ruina, se le hace un rodapie, que es el contracimiento encadenado con que se suple el grueso del cimiento, y se provee al riesgo amenazado. Esto es lo que se lee en los libros de arquitectura; pero no se fabrica otra pared, cuyo peso, léjos de impedir el estrago, ántes contribuye eficazmente á la ruina. Nada ha sucedido á la pared del Santuario fabricada de adove de sancopinca, ó llámese de marca: lo cierto es que es un material vil, deleznable y de muy débil consistencia.

La segunda regla de filosofar es esta: Quando los efectos naturales son de un mismo género, sus causas son las mismas. Ve aquí la que suele llamarse *Analogía de la naturaleza*. Esta se deriva de la primera,

porque si es principio recibido en toda facultad, que no se han de multiplicar los entes sin necesidad, y que lo que puede hacerse con pocas cosas, no hay para que agregarle muchas, claro es, que si los efectos son de un mismo género y en todo semejantes, repugna á la simplicidad de la naturaleza atribuirle muchas causas. Es tan invariable esta regla de analogía, que aunque no tenga siempre fuerza de demostracion, pero por su firmeza todos hacen de ella un perpetuo uso, no solamente en las cosas físicas, pero aun en todos los negocios civiles y conducta de su vida. ¿Porqué entramos en un Templo y nos juzgamos seguros debaxo de sus elevadas bóvedas? Porque no vemos señal de ruina, y estando firme cómo otras semejantes, pensamos que no ha de caer, aunque tal vez haya alguna causa oculta que la derribe: ¿Porqué los sábios proveen en este ó el otro caso, ordenan de este ó de otro modo sus negocios en casos singulares, sino por la analogía, esto es, porque siendo este caso semejante á otro de que tienen experiencia, creen que el efecto será semejante, y así no hay que poner muchas causas para lograrle?

Qualquiera conoce la fuerza que tiene esta regla en la conservacion de esta pared y la Imágen de MARIA Santísima de los Angeles. ¿No era aquel distrito todo de Tlatelolco un barrio el mas poblado, donde habia innumerables fábricas, y acaso muchas de cal y canto? ¿Qué se han hecho? ¿No se ven al rededor del Santuario, en aquel egido las ruinas de los edificios y nada mas? ¿No se están sacando de los senos de la tierra grandes porciones de piedra y de tezontle, que servian en otro tiempo á las casas de los que en número copiosísimo habitaban aquella parte de la Ciudad? Si hay algunos paredones en pie, ¿hay acaso no-

ticia de que sean tan antiguos como la pared de nuestro Santuario? ¿No tienen por cierto los facultativos en la arquitectura, que reparándose continuamente una casilla de adove, lo mas que podrá conservarse son cien años? Luego por un efecto semejante debia haber caido esta pared, ó á lo ménos no debia haber ya ni rastro de la Imágen que se ve pintada en ella. ¿Y qué causas tan poderosas no habia ya en los formidables temblores que se han sentido muchas veces en la Ciudad, con notable detrimento aun de sus mas robustas fábricas, ya en las inundaciones, especialmente la del año 1629 en que subió el agua quatro varas del piso de toda esta Corte, y duró así por espacio de cinco años, sirviéndose las gentes de las canoas para sus comercios y funciones de la sociedad; ya con estar sin techo en campo abierto, de modo que allí recogia un Pastor su ganado, sirviendo las paredes de corral á sus ovejas; ya en estar cubierta de petates mojados, y estos afianzados con tablas que se clavaron contra la misma pared por espacio de siete meses por orden superior, con el designio de borrarla? ¿Se necesitaban otras causas para consumirla? ¿Qué causa natural pudo dar á la santa Imágen tan prolongada consistencia? ¿Qué brazo la ha defendido? ¿Qué ingredientes la han preservado del furor y crueldad de tantos enemigos? ¿Por ventura se habrá formado una argamasa incorruptible de los estuvios malignos y corrosivos que difunde la humedad pestilente, ó del polvo salitroso, y otra multitud de partículas acres que traen los vientos, capaces de acabar hasta con el bronce?

En algunos años se ha lamentado por la abundancia de las aguas la ruina de varias casas de adove, que humedecidas y desmoronadas dieron por tierra,

quedando algunas veces oprimidas con fatal suceso varias personas, sin haber habido arbitrio humano para librarlas. Conque si no hallamos causa natural para la conservacion de la pintura, ántes bien por regla de analogía muchas causas que han conspirado á su destruccion, será ya un juicio prudente el inclinarse, y mucho, á pensar que aquí anda la virtud divina haciendo maravillas á favor de nuestra Soberana Reyna.

Regla tercera de filosofar, que pertenece á nuestro asunto: dado un fenómeno, verbi gratia A, por dos razones solamente se puede afirmar que su causa es B. Conviene á saber: si clara y evidentemente consta que A viene de B, ó si consta que no puede venir de otras causas posibles, verbi gratia, no de C, D, E, &c. esto se entiende de las causas posibles segun el orden regular con que procede la naturaleza. Esta regla la tenemos ya aplicada á nuestra Imágen en la antecedente, porque ¿quales son las causas posibles para su conservacion en una pared de adove por mas de docientos años? Ya responderé dentro de breve tiempo á lo que se podia objetar en esta materia. Pasemos á la regla quarta.

La quarta regla de filosofar es esta: en la Filosofia experimental, aquellas proposiciones que se han colefiado por induccion de varios fenómenos, se han de tener por verdaderas, ó muy cerca de ser verdaderas, aunque tengan contra sí otras hipótesis, si no es que ocurran otros fenómenos que debiliten por contrarias experiencias la verdad de las primeras. A la verdad, las hipótesis ó los sistemas no son otra cosa que ficciones del ingenio; y así las proposiciones que se han deducido de observaciones y experimentos, deben preferir á la autoridad de los ingenios que fingieron las

hipótesis filosóficas. Si una regla ó proposicion se ha sacado de las observaciones y experimentos, y con ella se explican felizmente los fenómenos todos, ¿porqué no se ha de tener por verdadera, aunque no concuerde con algun sistema? Y si conviene á muchos fenómenos, aunque no sea á todos, ¿porqué no se ha de juzgar por muy verisimil? *Praestat enim unum experimentum centum rationibus*. Por esta causa dixé ántes con el Rmó. Feyjoo, que para los milagros debe excluirse toda filosofia sistemática, sea la que fuere.

En el caso en que estamos, como las causas naturales de la corrupcion ó destruccion son patentes á todos, y todos ven que han concurrido á la desolacion de la Santa Imágen, no hay ya porque detenernos mas en la aplicacion de este Cánón. Las dificultades que pueden sobrevenir en contra de todo lo dicho, dependen de los secretos del arte. Voy á proponer los que tienen mas fuerza y á responderlos, para pasar á las otras pruebas, que considero mas fáciles de aplicar, despues de haber dado satisfaccion á esta primera.

I. Dirás así: para pintar al oleo sobre la pared se usa del siguiente artificio é ingredientes: se le dan dos ó tres manos de aceyte bien caliente, y esto hasta que la superficie quede crasa y no embeba mas: despues se toma ocre y yeso, mate, que molido y bien mezclado sirve para dar con esta mixtura otra mano á la pared. Se dexa secar, y luego se dibuxa y se pinta, mezclando un poco de barniz con los colores. Este compuesto es de larga duracion.

II. De otro modo: hágase un encostrado con cal y polvos de mármol; aplíquese con la llana para que salga igual; pero ha de ir en la mixtura embebido aceyte de linaza; tómese pez, eriega, mastic y barniz or-

dinario, que mezclado se hace hervir en una olla, y despues con una brocha se cubre la pared, y se pule con la llana para que mejor se úna y extienda, y se procede al dibuxo &c. Con este artificio se hará una pintura que dure mucho tiempo.

III. Para que los colores se mantengan hermosos y agradables, se puede usar el agua maestra en esta forma. Tómese vitriolo romano, alumbre de pluma, espejuelo, salarmoniaco, de cada uno dos libras, de bermellon una libra: pónense todos estos ingredientes en una retorta, y el agua destilada servirá para el efecto dicho; de modo que mezclando en una poca de esta agua el color que se quiera en polvo, servirá para la formación de qualquier pintura, y que ésta permanezca fresca y lustrosa por muchos años.

IV. Para que las pinturas se limpien con frecuencia y estén como nuevas, se toma ceniza, agua clara y vino blanco, (para las profanas orines) y mojada una esponja en este baño, se limpia la imagen &c., y parecerá siempre fresca.

V. Aun para que los colores penetren las piedras y el mármol hay la receta siguiente: tómese mármol blanco, fino y nuevo: pónese sobre ceniza caliente para extraer la humedad que tuviere reconcentrada: estando así caliente se le mezcla con el aceyte de petrolio el color conveniente, que deberá estar bien molido é incorporado con dicho aceyte. Para colorado, sangre de drago, que estará en infusion dos dias. Para amarillo, gutigambar &c. como el precedente. Para verde, añil y albayalde &c. Para azul, añil solo &c. El mármol ó piedra ha de estar caliente, y conforme se pinta se va recalentando para que el color penetre: estando ya enjutos los colores, se bruñen con la piedra pomez untada con aceyte, y queda muy lustrosa la pintura.

VI. Aunque una pintura sea antiquísima, toma un nuevo aspecto con alguna de las dos composiciones siguientes, que pueden usarse con facilidad. Primera: tómese una clara de huevo: se bate bien y se hace que caiga en otro plato, en el qual habrá un poco de azucar, piedra en polvo y sumo de limones: en este baño se moja una esponja, y quitado el polvo de la pintura, se limpia con suavidad. Segunda: toma aceyte y agua ardiente mezclados, y embebida en esto una esponja, se limpia la pintura; despues con un trapo de lana estregerás suavemente el lienzo para quitar el aceyte, y quedará como nueva.

VII. Ultimamente: se pueden proponer otros experimentos de que usan los Pintores y otros Oficiales, que aunque no se hayan aplicado á la Imagen ó desde el principio ó en lo sucesivo, pero por su consistencia y duracion son capaces de debilitar las razones filosoficas que se alegan para que su permanencia se tenga por cosa preter ó sobrenatural. Por exemplo: el estuco es una mezcla de cal, yeso, arena y mármol molido, templados de tal suerte que no se pega á la ropa despues de seca, y queda tan lustrosa en la pared que parece mármol despues de pulido. En segundo lugar: así para la pintura al temple, que pinta con los colores liquidados en cola, goma, ó cosas semejantes, como para la pintura al fresco, que obra con sola la agua y los colores, se puede hacer una imprimacion ó aparejo que dure mucho; tal es la siguiente: cúbrase la superficie de la pared de yeso mate, ó mortero compuesto de cal y arena: luego con cal vieja y apagada, y arena bien fina, se pasa todo por un cedazo: se va aplicando y haciendo la imprimacion de suerte, que no se prepare mas que lo que se puede pintar en un dia, mientras el en-



costrado está fresco y blando. Aquí advierto de paso, que el Autor de donde saqué esto, confunde en mi concepto lo que se pinta al temple y al fresco, porque luego nos dice que en esta suerte de pinturas se desechan todos los colores compuestos y artificiales de los minerales, y solamente se gastan tierras que pueden conservar sus colores y guardarlos de la quemadura de la cal; y para que la obra sea buena se deben emplear los colores prontamente mientras está húmedo el encostrado, y no tocar (nótese esto) jamas en seco con color que haya sido destemplado con yemas de huevo, cola ó goma, porque estos colores negrean y jamas tienen la viveza, como quando están puestas de una vez; á mas que al ayre no se puede retocar, porque en poco tiempo se caen los colores. Aquí digo yo: si la pintura al temple líquida los colores con goma, cola &c., ¿como dice ahora que no se use de colores destemplados en yemas de huevo &c.; y si estos no se deben usar, ¿porqué da la receta igualmente para pintar en pared al temple ó al fresco? Estas son cosas distintas, como puede verse en el Diccionario de la lengua castellana: luego hay confusion en el Autor, que es el Lic. Don Bernardo Monton, en su Libro de *Secretos del Arte*, y así servirá la imprimacion dicha para pintar al fresco; pero no al temple, si se ha de dar á cada término ó voz su nocion propia.

Aquí debo tambien advertir, que no desprecio á este Autor, aunque no salgo por fiador de sus secretos todos, porque de algunos se ha hecho la experiencia por influxo mio, y se ha probado estar fieles y constantes, y otros son los mismos que se leen en los Filósofos modernos. Yo he puesto estos experimentos á la buena fe del dicho Autor, porque es lo que he hallado

que pueda hacer alguna fuerza contra mi designio, ó ya porque inmediatamente parece que pueden enervar el asunto, ó ya porque dan mas luz para conocer lo que puede la naturaleza ayudada del arte, y así hacer caminar con ménos precipitacion. Puede ser tenga este Autor algo de lo que reprueba el P. Feyjoo en su tomo 3, Discurso 2, tratando de los libros mentirosos, cuya inscripcion es *Secretos de naturaleza*. Sea lo que fuere, voy á responder con la mayor brevedad á las objeciones que puedan deducirse de los experimentos propuestos, á los cuales se satisface de una vez y con un solo discurso, porque todos conspiran á un fin, y apenas prueba uno algo mas que el otro.

Pero como la respuesta ha de ir de acuerdo con la Filosofia, no se puede dar el lleno, digámoslo así, á la satisfaccion prevenida, sin hacer memoria de algunos otros principios filosóficos pertenecientes al racionio. Dixe pertenecientes al racionio y conjetura, porque aunque es verdad que todos nuestros conocimientos dependen ó de la interna experiencia, ó del testimonio de los sentidos, ó de la simple inteligencia, ó del racionio; pero lo que en todas las disciplinas se conoce de los tres modos primeros, es muy poco, y así para todo lo demás sirve el racionio y la conjetura, cuyo uso es á los mortales absolutamente necesario.

Todos los principios de los racionios, como enseñan los buenos Lógicos, se reducen á dos clases, que son la evidencia y la fe. Los principios de evidencia se toman de los sentidos y el entendimiento: los de la fe, de la autoridad, ó ya sea Divina, ó ya humana; pero de esta última hablarémos despues. Hay evidencia por un íntimo sentimiento de la conciencia: hay evidencia

física ó de experiencia, y hay evidencia matemática ó de pura inteligencia. Las conseqüencias si se sacan rectamente de los principios, tienen el mismo valor y fuerza que los principios de donde nacen. Y así de principios de fe se deducen conseqüencias de fe; de principios evidentes se inferen conseqüencias evidentes, de modo que nunca las conclusiones pueden tener mas peso ni mas fuerza que sus principios. Por donde así como de los principios no puede sacarse una conseqüencia verdadera, tampoco de principios dudosos puede salir una conclusion cierta, ni de principios ménos probables una conclusion mas probable. Todo es tan evidente que no necesita de prueba.

Ninguno de los experimentos referidos pueden hacer algo contra la conservacion que queremos suponer, no natural, de la Santa Imágen de los Angeles. Las reglas filosóficas que puse al principio sirven de apoyo, especialmente la segunda de analogía, para poderse afianzar mas en este dictámen. Es verdad que no es nuestra conclusion evidente, porque sus principios no son evidentes, ni por una persuasion íntima (hablo en la esfera de lo físico, porque de lo espiritual dirémos algo despues) ni por unas experiencias del todo irrefragables, ni por una demostracion matemática. Pero atendidas las razones de analogía propuestas, y sobre todo la materia de adove en que la Imágen está pintada, y la dilatada série de mas de docientos años que se ha conservado, con otras pruebas morales que se seguirán despues, ¿quien no ve que estos ni son principios falsos que hagan falsa la conclusion; ni dudosos con duda positiva, porque enteramente deshacen el equilibrio de la razon; ni puramente probables, porque segun sus circunstancias trascienden ya á la esfera

de una humana certidumbre. Ya me explicaré luego algo mas en este punto.

Hágase un cotejo de los experimentos propuestos, y las razones que de ellos puedan alegarse con el experimento de nuestra Imágen, y sus razones ya alegadas, y luego se hará un juicio recto de la diferencia que interviene. ¿Quién ha probado que aquellas impresiones y estuques sean consistentes por docientos años en las paredes de calicanto, (algunos deben ir en paredes de ladrillo para que tengan efecto)? Admitida esta duracion ¿quien ha experimentado que los colores se conserven vivos y frescos como los de la Santísima Vírgen? Aunque se use de los ingredientes mencionados para renovar las imágenes, esto se hace en las de lienzo, y con todo siempre se echa de ver que aquel lustre es nuevo y no antiguo; pero sobre todo, ¿se ha hecho la experiencia de aquellas pinturas celebradas en pared de adove? Si así fuera, lo advirtieran los Autores, así como hacen distincion del modo de pintar ó en madera, ó en laton, ó en piedra.

Ademas, que es cierto que quando se pintó la Imágen no habia estos secretos en México, porque hubiera otras imágenes antiquísimas como la de los Angeles, que sin retocarse estuvieran existentes con las singularísimas circunstancias de viveza y de frescura. Estas dos bellísimas qualidades del rostro y manos de la Vírgen son las que sacan el caso sobre la razon y la experiencia.

Pero añado otra mas poderosa y eficaz, que acaso ha permitido Dios en la misma Imágen para eludir las alegadas y qualquier otras experiencias. Esta consiste en los Angeles y otras Imágenes que están pintadas al rededor de este santísimo Simulacro, y aun

en las mismas pinturas de su vestido. Es constante, según la declaración de los catorce testigos que concurrieron á la informacion jurídica, vecinos de aquel barrio, y algunos de edad muy avanzada, que siempre se tuvo cuidado de que no llegase pincel al rostro y manos de la Virgen, aunque se retocaron varias veces las pinturas contenidas en la area ó espacio que hay en aquel quadro. Así mismo se ha notado que en el vestido de la sagrada Imágen ha habido decadencia, desprendiéndose en partes los colores como escamas, y disminuyéndose la perfeccion en las labores. Esto supuesto, al punto se reconoce que aunque se hubieran usado las imprimaciones de los alegados experimentos, y se hubieran mezclado en los colores los mas firmes barnices, como son otros que trae el Autor citado, y como el de la pintura de porcelana, que pinta esmaltando de blanco sobre oro ó cobre, usando de colores vitreos y minerales, uniéndolos y endureciéndolos con el fuego, ó como las pinturas que llaman ferreas, figulinas y vitreas, y otras que se consideran mas aptas para una tenaz y larga permanencia: luego, vuelvo á decir, se reconoce que nada de esto intervino en esta célebre pintura, porque á ser así, todos los colores igualmente hubieran durado hasta el día con su primitiva perfeccion; pero es así que solo el rostro y las manos de la Virgen han durado sin retocarse con sus colores vivos, frescos y lustrosos: luego no puede ser ninguna de aquellas ya expresadas la causa de esta conservacion.

Ni digas que esta misma lacería ó aparente andrajosidad de los colores del vestido, es prueba de que la conservacion del rostro y manos es natural por alguna otra causa física que no podemos señalar, pero

se dexa entender por el efecto. Lo cierto es, dirás, que las obras de Dios son perfectas, y si esta conservacion fuera milagrosa, todo quanto hay en la santa Efigie se conservara con igual perfeccion que el rostro y las manos. Si para que se tenga una curacion por milagrosa se necesita un restablecimiento que sea repentino y sea perfecto, como dicen los Críticos con Pablo Zachias, faltando la perfeccion en la conservacion de toda la Imágen, resultan ya unas señales equivocadas para que la prudencia humana y bien fundada atribuya la existencia de la santa Imágen á un efecto milagroso.

Esta razon tiene bastante fuerza y á primera vista parece concluyente; pero no falta fundamento para conciliar el un efecto con el otro, de modo que el defecto de los colores del vestido no sirva de obstáculo para entender que la conservacion del rostro y manos no sea natural. Confieso, como cosa cierta, que una curacion no se ha de tener por milagrosa sino quando la enfermedad era incurable por su naturaleza; pero se debe advertir, como dice Jamin, (1) que será tambien milagrosa, quando aunque fuese curable en lo natural, lo ha sido de un modo contrario á las leyes naturales. Asimismo se ha de suponer, que aunque la cura que se logra con el tiempo no se tenga regularmente por prodigiosa; pero si la enfermedad es de aquellas que no se pueden curar con remedios naturales ni de repente, ni de espacio, ya en este caso sería milagro el curarla, aunque fuese en largo tiempo: de que se infiere, que no bastan las dos circunstancias expresadas de instantaneidad y perfeccion para tener una curacion por maravillosa, pues debe atenderse tambien á las sobredichas

(1) Fol. 337.

circunstancias. Puede la curacion no ser instantanea y perfecta, y deberse atribuir á influxo sobrenatural, como veremos en otra parte.

Ahora digo: ¿Qué inconveniente es que el vestido representado en la pintura de la santa Imágen se vea, digámoslo así, roto, para que lo restante se tenga en su conservacion por un efecto de otra esfera mas que natural? Lo mas que se puede inferir es, que la pintura del vestido no se haya conservado milagrosamente, lo que confesaríamos sin dificultad, como lo confesamos de las otras pinturas de la circunferencia. ¿No bastará que aquellas partes que hacen la perfeccion de una imágen, quales son el rostro y las manos se conserven perfectamente por mas de dos siglos con toda su belleza, y tan frescas, que como declararon dos acreditados Pintores Vallejo y Alzibar, parece que llevan corto tiempo de pintadas? Si toda la pintura se hubiera conservado con la perfeccion que la cara y manos, fuera mayor el milagro; pero faltando esta total conservacion, nos basta la que reconocemos para hacer un juicio prudente de ser sobrenatural.

Ya diximos, que si la enfermedad, aunque curable por los medios naturales, se cura de un modo opuesto al curso regular de la naturaleza, es milagrosa la curacion, y no obstante no es del todo perfecta, basta que se halle la perfeccion en el modo. Demos que el vestido está maltratado y no el rostro y las manos, ¿qual será la consecuencia mas recta y legítima? Aquí nos hallamos en un ataque filosófico, en que es necesario resolver á favor del prodigio, lo que declaro con este dilema. O es conservable la pintura naturalmente por mas de docientos años, ó no: si lo afirmas, ¿como no se han conservado los Angeles del rededor y la

imágen de la Santísima Trinidad que está en lo alto, que ha sido necesario retocar, aunque el vestido siempre se dexó como estaba sin llegarle con el pincel? Si niegas, ¿como el rostro y las manos se han conservado? En este aprieto pregunto: ¿qual será la ilacion mas recta, mas obvia y natural? ¿Será el decir: las otras pinturas no se han conservado naturalmente: luego la conservacion del rostro y manos no es sobrenatural? O será el arguir así: las otras pinturas han perecido en una misma pared con una misma imprimacion: luego la conservacion del rostro y las manos no es natural. ¿Quien no ve la reñitud de esta segunda conclusion y el defecto de la primera?

A mas de esto ya está dicho, que quando una enfermedad no es de aquellas que se pueden curar ni repentinamente, ni poco á poco con los remedios naturales, es milagrosa la curacion; y esto, aunque pase tiempo, no impide esta tardanza la creencia prudente del milagro. Siguiendo el nervio de esta regla de crítica, aunque variemos la aplicacion, pregunto: si pasados dos siglos se ha hecho visible el detrimento ó menoscabo de la pintura en el centro del vestido de la sagrada Imágen, ¿porqué el tiempo no ha producido el mismo efecto en el rostro y las manos? La materia es una misma, el Artífice uno mismo, los colores unos mismos, los aparejos los mismos, los contrarios los mismos: ¿pues de donde ha venido este privilegio á aquellas partes insignias de la pintura? Es verdad que no es misterio de fe el creer que la conservacion es sobrenatural, porque no hay revelacion; pero tambien es cierto que en lo natural no hay sobre qué afanzarse con solidéz para rebatir el prodigio; y así hemos de concluir, que esta imágen y otra qualquiera, adornada de

todas las circunstancias explicadas, se conserva por un modo milagroso. Parece que Dios quiere por este medio llamar nuestra atención, alentar nuestra confianza, consolar nuestro destierro, y facilitar mas por la intercesion de Maria en este Santuario los socorros de nuestra salvacion.

El porqué de esta variedad de efectos no la debemos investigar curiosamente. Leemos en las Historias eclesiásticas, que unos cuerpos de Santos han permanecido perfectamente incorruptos: de otros, como los de San Juan Nepomuceno y San Antonio de Padua, solo se han conservado las lenguas: de otros, como de San Luis Obispo de Tolosa, el cerebro y los ojos: de otros, los brazos &c. ¿ Por ventura no son milagrosas las incorrupciones de estos miembros, aunque los cuerpos se reduxeran á polvo? Si no es que se quiera arguir de la corrupcion de los cadáveres, que la conservacion de estas lenguas, ojos y brazos sea natural. Pero ¿ quien ha de decir entónçes que se arguye bien? Para deducir rectamente una consecuencia, debe ésta derivarse de unos principios en quienes evidentemente se contiene. Por este medio se concluye ó directa, ó indirectamente, y por consiguiente es el raciocinio ó directo, ó indirecto. Se arguye rectamente diciendo: lo que pertenece á un cadáver naturalmente se corrompe; es así que la lengua, ojos, cerebro y manos pertenecen al cadáver, porque son partes suyas materiales: luego naturalmente se corrompen. Y como las primeras consecuencias son principios de otras segundas, y éstas de otras terceras &c. se arguye así rectamente: es natural la corrupcion de los ojos, lengua, &c. porque pertenecen á un cadáver material; pero es así que las lenguas de San Juan Nepomuceno y San

Antonio no se han corrompido: luego esta incorrupcion no es natural. Esto mismo proporcionalmente diremos de nuestra Imágen, arguyendo así: una pintura en pared de adove, despues de docientos años naturalmente perece; pero es así que el rostro y manos es parte de una pintura en pared de adove: luego el rostro y manos despues de docientos años perece, ó debe perecer. Ahora la conclusion se hizo ya principio, y digo así: el rostro y manos pintados en pared de adove, despues de docientos años perece naturalmente; pero es así que el rostro y manos de esta nuestra Imágen pintada en pared de adove, despues de docientos años no ha perecido naturalmente: luego el conservarse ya no es cosa natural.

Aquí no hay otro efugio que el de las causas ocultas de que usan los falsos Filósofos para eludir los milagros. ¿ Qué sabemos, dicen, hasta donde llegan las fuerzas y la virtud de la naturaleza? ¡ O y quantos resortes hay en esta, quantos muelles ocultos á nuestra penetracion, por cuyo medio va obrando secretamente, sin que ni nuestros sentidos, ni nuestros experimentos, ni nuestros discursos puedan darle alcance! ¿ Como podremos afirmar que es un fenómeno milagroso, si no tenemos arbitrio para correr el velo á las operaciones íntimas de la naturaleza, ni para discernir la identidad ó distincion de sus insensibles partículas, ni el encadenamiento y estructura de las mayores, ni sus fuerzas atractivas y repulsivas, ni la convergencia ó divergencia de sus líneas, ni sus relaciones, ni la cantidad y velocidad de sus movimientos mas profundos é impenetrables á todas nuestras mas exquisitas observaciones, ni otra multitud de efectos que puede producir ocultamente, que dependen de una infinidad de modificacio-

nes de la materia? Luego si no pueden llegar allá nuestros conocimientos, ¿ como nos atrevemos á afirmar que un efecto raro ha traspasado los límites de la naturaleza, teniéndolo por milagroso?

Yo quisiera recoger ya las velas al discurso, y no hablar con tanta extension, porque va saliendo esta *Disertacion* mayor de lo que se debia esperar. Pero como estamos en un riguroso exámen filosófico, y es necesario ocurrir á las dificultades que se van ofreciendo, es indispensable su prolixidad. Algo dixé al principio sobre esta objecion de los Filósofos impíos; pero se debe ilustrar un poco mas. Vuelvo á suponer aquella moderacion, que dixé se ha de tener en los milagros con un scepticismo prudente, para que ni haya credulidad nimia y supersticiosa por una parte, ni una incredulidad injusta y arriesgada por otra. Esto supuesto, para dar mas extension á la respuesta, y contenerse dentro de los límites debidos, quiero poner aquí una doctrina que trae el sábio crítico Feijoo en el tomo tercero del *Teatro crítico*, *Discurso trece*, número diez y ocho, la qual, bien que mas sucintamente, traen los Filósofos modernos en la *Lógica*, tratando de la demostracion.

Habla pues contra los Scepticos muy rígidos, que prueban con un argumento molestísimo, que todo se debe dudar, porque dicen: nadie tiene certeza de si duerme ó vela: luego nadie puede tener certeza de si ve, oye ó palpa estos ó aquellos objetos; pues por mas que juzgue que está velando, puede ser que esté durmiendo, y que se le represente como visto ó oido lo que es solo imaginado. Bien se percibe que hay mucha diferencia entre este irregular scepticismo y el de un Filósofo cuerdo en lo perteneciente á los milagros; pe-

ro como los Filósofos impíos arguyen semejantemente á los rígidos Scepticos y Acatalépticos en esta materia, no hay duda que á unos y á otros conviene la respuesta del Rmó. Feijoo, que está concebida en estos términos.

» Es cierto que hay algunas verdades á quienes la seguridad que el entendimiento tiene de ellas no exime de padecer difíciles objeciones, ó por mejor decir, no hay verdad alguna tan constante contra quien no pueda armarse algun enredoso sofisma. » Por eso no es justo en todas ocasiones desamparar una máxima, cuya verdad se percibe claramente, solo porque no se puede responder á un argumento. » Hay verdades de tal naturaleza, que las alcanza qualquiera entendimiento ordinario; y para responder á algun argumento que se pueda hacer contra ellas, es necesario un discurso subtilísimo:::

» Supongo lo primero, para responder que la evidencia puede ser de dos maneras, ó mediata ó inmediata: es una proposicion evidente inmediatamente, quando por sí misma, sin el adminículo de prueba alguna, se presenta con tal claridad al entendimiento, que éste está precisado con invencible necesidad á asentir á ella. Es una proposicion evidente con evidencia mediata, quando por sí misma no se representa con toda esa claridad, pero se infiere necesariamente de otra proposicion que es evidente por sí misma.

» Supongo lo segundo, que la evidencia inmediata debe dividirse en metafísica y experimental: aquella es propia de los principios universales, los quales por sí mismos persuaden invenciblemente al entendimiento, como estos: el todo es mayor que su